

Deuda Impagable

Lo que le Viene al que Viene

POR LORENZO MEYER

LA semana pasada estuve en Boston, no para asistir al gran duelo entre los Medias Rojas de esa ciudad y los Mets de Nueva York, sino para participar en un congreso como invitado de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA).

Viajar a Estados Unidos en esta época es una experiencia un tanto amarga. No sólo porque un desayuno "continental" —de esos que siempre lo dejan a uno con hambre— cuesta 6,000 pesos, sino sobre todo porque uno tiene que ser testigo del contraste tan desagradable entre una sociedad pobre en proceso de ser más pobre, y una sociedad rica y prepotente, en proceso de ser aún más rica y más prepotente.

Como se recordará, la semana pasada el New York Times nos hizo el dudoso honor de sacarnos todos los días en su primera plana, justo después de que el Congreso norteamericano pasó las leyes sobre migración, narcotráfico y Washington amenazó con un impuesto a la importación de nuestro petróleo. En vista de lo anterior es fácil comprender por qué don Mario Moya bautizó a la semana pasada como "la semana de la infamia".

★

ES obvio que la élite política mexicana se encuentra muy disgustada por la manera como se le trata en la prensa y en los corredores del poder de Estados Unidos; su prestigio —y en esto no creo exagerar— está por los suelos. Ahora bien, hay que admitir que esta mala imagen que de nuestros gobernantes se tiene hoy en Estados Unidos (y en muy buena parte del resto del mundo) no es enteramente gratuita, se la ganó a pulso.

Dentro de las docenas de conferencias que patrocinó

LASA en el congreso de Boston, hubo varias sobre la situación actual de América Latina en general y de México en particular. Las opiniones que ahí escuché tampoco fueron como para tranquilizar el espíritu de ningún mexicano ni menos para llenarlo de orgullo.

Entre los temas de actualidad abordados en la reunión a la que me refiero, uno mereció atención particular: el de la deuda. Se aceptó que Brasil —el país que se endeudó cuando no tenía alternativa porque estaba tirado en la lona del ring económico— es quizá el que hoy tiene las mejores posibilidades de

salir adelante, y que en cambio México —el país que se endeudó cuando realmente no lo necesitaba— hoy no tiene salida a menos que logre algo que los negociadores de la Secretaría de Hacienda no han podido: un arreglo con los bancos para disminuir de manera sensible la enorme sangría que representa el pago de su deuda externa.

Yo no oí a nadie hablar en Boston en favor de los términos en que el gobierno mexicano aceptó "solucionar" su problema de liquidez frente a sus acreedores. Los acuerdos sobre la deuda de fines de septiembre fueron calificados por un alto funcionario de un banco de inversión bostoniano que conoce muy bien a la América Latina, como una "charada". Según él, con este acuerdo México "quemó el último cartucho" en su batalla por mantener el pago de sus deudas antiguas contrayendo nuevas. Esta solución no se volverá a repetir.

★

UN panel formado por dos académicos mexicanos y dos norteamericanos, y que en principio debería haber discutido la relación entre los sectores público y privado, terminó enfocando la atención sobre el tema de la deuda. Uno de los ponentes —norteamericano— indicó que los bancos privados más pequeños de Estados Unidos y otros países no volverían a aceptar un esquema de refinanciamiento para México como el que les impusieron el mes pasado el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el gobierno de Reagan.

Lo más importante de lo que ahí se dijo no fue, sin embargo, lo que harán los pequeños bancos que nos prestaron, sino la imposibilidad física de que México genere, vía nuevas exportaciones, las divisas que necesita para hacer frente al pago de una deuda de 100,000 millones de pesos. Según el ponente —un investigador mexicano de visita en Harvard— ni en el mejor de los mundos imaginables —un mundo como lo supone el famoso Plan Baker: sin proteccionismo, sin impuestos adicionales al petróleo que se importa en Estados Unidos y con una industria mexicana dedicada de manera fanática y exitosa a mejorar la productividad y

29-X-86

buscar nuevos mercados— sería posible que las exportaciones mexicanas pudieran lograr para nuestro país la cauda de dólares que necesitamos para volver a crecer de manera sostenida y a un nivel aceptable.

En resumen, lo que encontré en LASA fue algo muy parecido a lo que pasa en México fuera de los círculos de gobierno: un consenso en torno a la imposibilidad de que podamos pagar en 1988 el servicio de una deuda externa superior a los 110 millones de dólares. Ahora bien, los bancos norteamericanos saben esto, sin embargo decidieron hacer nuevos préstamos a México y ninguna concesión importante en relación a una baja de intereses y, menos aún, una quita del principal. ¿Por qué? La razón parece ser esta: una concesión de los norteamericanos a México significaría, a la larga, una serie de concesiones a los deudores latinoamericanos, que en conjunto deben a los bancos comerciales de Estados Unidos unos 120,000 millones de dólares (el resto lo debemos a Europa y Japón). Esto, aunque grave, no es lo peor: lo peor es que el precedente de dar

un respiro real a México, también sería usado por los deudores latinoamericanos que están en problemas con sus propios bancos, tales como los agricultores y los grandes inversionistas en bienes raíces. Si México no paga, no es gran cosa lo que pierden los bancos norteamericanos, pero si no pagan los deudores internos eso afectaría una deuda de alrededor de 700,000 millones de dólares, y entonces el sistema financiero del país vecino del norte sí correría el peligro de sufrir un colapso.

Así pues, lo que se le viene al que viene a dirigir los destinos de México entre 1988 y 1994 es la responsabilidad de encontrar la cuadratura de este infernal círculo financiero en que nos han metido los tres últimos gobiernos. Para salir adelante deberá negociar una moratoria que no lo parezca para que sea aceptable a los bancos internacionales. ¡Menudo paquete! Así pues, más vale que todos los tapados nombren ya a un pequeño grupo de asesores que tengan neuronas en exceso para que vayan preparando la solución del gran dilema, pues de lo contrario en 18 meses —bueno, diecisiete— el mundo se nos vendrá encima.